

## LA BESTIA

### I

El niño Betito nació en el año del eclipse. Vino al mundo en ese único día que se recuerde fue noche, como si esa vasta oscuridad lo hubiese parido. En el inédito momento, de breve eternidad, que el sol se convirtió en un enorme lunar incrustado en el cielo, cuando el disco dador de vida, adorado por los antiguos, fue devorado por las temidas sombras que suelen acompañar a la muerte, por esa negrura eterna que hay mas allá de la frágil vida. En ese instante que fuimos desamparados, nació de un vientre humano la bestia inimaginable.

Y ocurrió en nuestra reseca tierra dejada, ya desde mucho antes, de la mano de Dios, en ese año que, de tanto querer olvidarlo, muchos ya no saben cuando fue.

Nadie le creyó al viejo don Rosario, al que llaman el loco, el que tuvo la osadía de mirar el fenómeno sin protección alguna y que desde entonces dicen que quedó así. Él juraba, en su diaria agonía de mezcal, que la bestia llegaría sin anunciarse, sin aspavientos, sin pirotecnia; que sería tan imperceptible su arribo, que sólo los conocedores de la leyenda lo notarían.

El día que salió del cuerpo de la desafortunada mujer, que lo calentó en su interior y lo resguardó del impío sol, nadie dio relevancia al nacimiento, distraídos como estaban por el eclipse y por el sólo terror que eso en si ya les causaba; jamás sospecharon que su futuro estaba ya eclipsado. Y quién podría sospechar, si la buena señora nunca lo mostró a sus paisanos, si mintió diciendo que nació muerto. Y lo encerró lejos de donde pudiera ser visto; la ignorancia es como la ceguera, es buena hasta que nos deslumbra la verdad.

La tarde del alumbramiento se vio al viejo don Rosario dando tumbos alrededor de la casona, y él juró, haber visto cuando enterraban a la partera, tuerta, en el pozo seco del solar.

## II

“ Hoy son escasos los recuerdos, son tantos mis años, que los ha aplastado el tiempo. A mi edad, hay ocasiones en que quisiera no recordar que viví. Sabes, el tiempo borra por igual los malos y los buenos momentos. A veces sólo los diluye, los vela, haciéndolos parecer tenues, cordiales, así, de tanto suavizarlos, todos los malos parecen ser buenos. Pero los míos, que son grises, todavía me duelen, y sé, porque lo sé, que aun muerta me aquejarán.

De niña aprendí a tocar el piano por insistencia de mi madrina. La buena señora se pasaba las largas horas de la tarde escuchándome tocar y cantar viejos valeses y mazurcas mientras dormitaba en su mecedora, o persistía en extraño mutismo.

Era aburrido y monótono ejecutar lo mismo todos los días, si no fuera porque descubrí, sin querer, como amenizar esos momentos. Un día mientras tocaba, escuche un aullido lejano que intentaba seguir la melodía, no sin cierta desentonación, pero muy entusiasta. De momento me extrañé, porque en toda la finca no había visto rondar a ningún can, pero me pareció divertido que un perro tuviera tan buen oído, así que todas las tardes tenía yo quien me hiciera segunda en las horas del raro entretenimiento de mi madrina. Sólo que los arrítmicos aullidos, después de algunos minutos, quizá la ponían nerviosa, porque con una mirada me ordenaba callar y así hacer silenciar al animal. Lo que sí nunca me pude explicar, y no puse mucho interés, fue que a la señora, que jamás expresaba emoción alguna, los ojos se le llenaban de tristeza... y de miedo.

Las costumbres que mi madrina observaba en su casa eran de lo más anormales. Todas las paredes y puertas estaban adornadas con grandes crucifijos, en las mesas colocadas en los pasillos las botellas con agua bendita permanecían incorruptibles al tiempo; y ella y los que ayudaban en las labores cargaban siempre su cruz y un rosario. Otra extraña persistencia que noté es que estaba prohibido hacer el más mínimo ruido, a excepción del piano y los rezos que cada mes se llevaban a cabo.

Los rezos. En las noches que la luna se llenaba y parecía un enorme espejo encima del camino, toda la gente que vivía en la casa y en los campos de los que era dueña mi madrina, llegaban a cierta hora al responso impuesto por la doña. En sus caras claramente podía yo leer el miedo. Se reunían en un cuarto de atrás, al que no estaba permitido acercarse nunca, y comenzaban a orar fervientemente. Y juró que escuchaba los aullidos del perro que me acompañaba a cantar, pero se oían tristes, rabiosos, desesperados, dolorosos. Esas noches solía ponerme muy triste. Ahora, años después que conozco la verdad, todavía suelo ponerme triste”.

### III

La luna, ojo claro del negro cielo, como agujero lumínico, espía desde lo alto, quieta, callada, las estrechas callejuelas de piedra sobre las que riega su mortecino resplandor. Las sombras de los edificios de cantera se repegan a las paredes, se arrastran, huidizas, por los escasos huecos en los que la luz no hiende con su filo de plata. Los faroles apagados, enhiestos muertos de pie, apenas son una raya difusa en las tinieblas que se estancan en los callejones polvosos. Los árboles cercanos a las altas paredes, forman puentes oscuros, entradas de cuevas, listas a engullir el más mínimo destello que ose aparecer. Hace ya muchas

noches que las calles son sólo vías muertas. Las puntas vacilantes, rojas y azules, del alumbrado público se extinguieron para siempre junto con la vida del último sereno.

El viento es el único habitante de la soledad nocturna, empedernido y ruidoso noctámbulo va con su canto, levantando bajas de nubes de polvo, tamborileando los metales que cuelgan, y sacándole notas de tristeza a las desnudas copas de los árboles. Se puede oír cuando pasa y cuando se queda ululando en los recovecos de puertas y ventanas, en las cuales toca, llama, para que lo dejen pasar y arrastre lo poco que quede de cordura. Toda la noche llama con insistencia. El polvo corre, nube baja y reptante, que con sus diminutas agujas deshace la luz que desciende del cielo.

Ya no hay gente en el pueblo, sólo quedan ruinas, cenizas y fantasmas. El auge del mineral es ya nomás un recuerdo. En las pocas ocasiones que asomo las narices por la ventana, miro a la montaña, dentro de ella, en su vientre de roca, todavía guarda una riqueza inimaginable, solo que no será para nadie, ha sido mucho el pago por lo poco que le robaron. Pero yo espero, no sé que espero.

Yo fui uno de tantos que llegaron pobres y quedaron reducidos a pordioseros. Muy pocos en realidad lograron pavonear su buena fortuna cuando estas mismas calles eran un bullir de mercadería y gente.

De pronto todo eso acabó, cuando apareció el niño Betito, la bestia.

Él mató a los pobres mineros que descendieron a los túneles donde habitaba. En las noches asoló la villa, sus aullidos se escuchaban desde que emergían de las minas, todos presentían

su presencia horrorizando a las almas, asesinando a las mujeres, destripando a los infantes y devorando a los hombres.

Los más precavidos huyeron a tiempo, los más ambiciosos pagaron con sus vidas el haberse quedado. ¿Y yo, por qué sigo aquí? Es mi deber no partir. Tengo aún que cohabitar con los recuerdos, con el miedo que sentó sus reales en este triste pueblo. Debo acabar con la vida de la bestia, enfrentar al niño Betito y exterminarlo si quiero que mi alma descanse en paz.

Por eso es que todas las noches vivo con el miedo metido en el cuerpo, que me mantiene con los ojos abiertos y con los nervios alertas. He perdido la noción de cuanto tiempo ha transcurrido desde que el niño se llevo arrastrando el cadáver de mi compadre. Tampoco sé cuantas noches a vuelto a cazarme.

Oigo al niño Betito como se mueve con soltura, como una sombra más de la noche que lo encubre; lo escucho gruñir desesperado, furioso, soy su último bocado, y me le he resistido. ¿O puede ser que goce palpando mi miedo en el viento? Parece que él se deslizara junto con el polvo que rueda.

¡Silencio, el niño acecha! Ya la transpiración se me congela en los poros, mi corazón es un tambor batido por el terror, puedo notar que se acerca a mi escondite. Seguramente otea y huele mi temor, puedo adivinar que sus brillantes y torvos ojos se tornan blancos de anticipado placer. No soy más que una presa. Imagino su pelambreira erizársele y su hocico asesino lleno de saliva. No tarda en saltar. Mis miembros están rígidos por el pavor, sólo tengo una oportunidad, no puedo permitirme fallar. Un alarido estalla junto con las astillas de las tablas que me resguardaban. Una sombra se abalanza encima de mí. ¡Mi grito ahoga el

atronar del arma salvadora, un fogonazo ciega mis ojos, y en ese brevísimo fulgor de pólvora, miro el rostro horrible y la boca pestilente del niño Betito. . .después todo es oscuridad... !

Visor Morlaco